

Hay seres de excepción que de golpe aparecen sobre el horizonte de los quehaceres humanos y ¡fual! nos deslumbran con sus obras y propuestas, con sus conceptos, razones e irrazones; seres que nos ciegan, además, con la idea de sí mismos, *idea* que igualmente es una obra creada por ellos, un diseño que envuelve el universo personal de los creadores y hace gravitar a su alrededor adeptos o adoradores que serán los voceros de estos personajes míticos, portavoces condenados a ser sólo la cohorte, los vasallos, los constructores de la obra negra sobre la que los iluminados sostendrán su obra. Sin duda, el talento poderoso de estos seres los catapulta hacia ese inasible llamado éxito —*fame*, le cantarían David Bowie irónico—; pero también se trata de espíritus que el mundo y sus condiciones nuevas, anquilosadas o repetidas, esperaban. Estos seres precursores, anticipadores, son producto de su época.

Pero el misticismo de los tiempos modernos va de la mano de los medios masivos de comunicación —el *mass media*—, de la velocidad y alcance con la que sus gestos y actitudes provocadoras (o reconciliadoras) se esparcen por el mundo, y sus desmesuras se convierten en las de monstruos egoístas, dioses garrapata acostumbrados a recibir la energía de los demás, de todos, para lograr sus objetivos, como si el sacrificio de sus criaturas incondicionales fuera algo natural, un sino predestinado. Marshall McLuhan anticipaba que nuestra pequeña parcela de fama —con duración de 15 minutos— estaría al alcance de todos en las pantallas del televisor, de las fotografías en los diarios y revistas, y que nos volvería estrellas efímeras. Así pues, la gloria sostenida de lo moderno sería una acumulación continua de esos fulgores repartidos por el orbe y sus fragmentos. Los famosos son los que, finalmente, nos arrebatan nuestros 15 minutos y nos dejan desnudos en medio de la amnesia colectiva.

Andy Warhol era una de estas criaturas que coleccionaban famas dispersas para henchirse de éxito, de misticismo mediático. Warhol, uno de los artistas plásticos más influyentes del siglo pasado, quien minimizaba al creador —él mismo—

en su concepción del arte en serie (con sus cotizadas serigrafías de latas de sopa Campbell's y empaques de detergente Brillo), producido por una maquinaria en la que el creador, el intelecto detrás de cada pieza repetida al infinito, era un obrero más. Su centro creativo-productivo debía llamarse, por necesidad, La Fábrica. Esto era apenas una postura, porque de esta especie de falsa humildad Warhol se nutría cual despiadado *bloodsucker* (como le llamaría, airado, Bob Dylan en un momento decisivo del filme *La fábrica de sueños*), un vampiro que introducía su arte de ruptura y crítica a las galerías y salas de los dueños del poder: de la crítica y la burla al mundo cosificado del capital, pasaría a su decoración. Pero eso no importaba porque el único objetivo era regodearse en el maná de los elegidos.

De allí que Warhol fuera un fascinado de la belleza y perfección del mundo, en sentido contrario a la fealdad provocada por la temprana escarlatina y los tics del mal de San Vito, siempre en la perspectiva de inflamarse a sí mismo de las bellezas robadas. Y se rodeaba, a través de un imán poderoso de sofisticación *avant garde*, de la intelectualidad glamorosa de su época, cantantes de rock como Bowie, Lou Reed, Mick Jagger, Nico; pintores como Jean-Michel Basquiat, y seres de halos deslumbrantes como Edie Sedgwick. Ella, una chica nacida en la aristocracia gringa más rancia, atada con grillete a la familia de la cual no podía desatarse del todo, se vuelve el objeto de culto de Andy Warhol, haciéndola eje de sus experimentos cinematográficos: no artista sino una superestrella.

Pero como las mismas latas que Warhol descontextualizaba para volverlas piezas de arte, una vez usadas, vaciadas de sus caldos nutrientes, el pintor-cineasta tira al bote de la basura a la propia Edie.

La fábrica de sueños es la pesadilla instantánea de una criatura vacía: llena de dolor, un viaje desmitificador a la frivolidad que hiende una época que definiría las rutas del arte conceptual contemporáneo, en un Estados Unidos que ardía en medio de una guerra estúpida, y que sacrificaba a sus propias criaturas para hacer brillar esos astros que aparecen en los horizontes del quehacer humano y que la historia reclama para sí: una fábrica de sueños. ¶



FÁBRICA DE SUEÑOS
EU, 2006. Dir. George Hickenlooper.
Con Guy Pearce y Sienna Miller

* Músico, cineasta y escritor.